

TRIBUNA EXTREMEÑA

Tocan retreta

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

«Creo que los partidos se hicieron para las personas, no las personas para los partidos. Creo en los políticos de verdad, en los que andan por la superficie, no en los que se desentienden de todo para buscar su propio cobijo»

A los más jóvenes, aquéllos que no han hecho la 'mili', quizá no les diga mucho el título de este artículo. Los términos militares o cuarteros acaso sólo les suenen de las películas; y, probablemente, se les antojen odiosos, ya sabemos que lo militar no goza de demasiada popularidad entre muchos. Empero, no estará de más explicar que el toque de retreta, de retirada, es el que obliga a recluirse en el cuartel. Se pasa lista y se mete uno en la compañía.

En la vida militar todo es rutina, todo está reglamentado y las ordenanzas te guían física y mentalmente. Por tanto, el toque de todas las noches, la retreta, se toma como lo que es: un hábito, nada excepcional. Poco parecido guarda la vida militar con la política aunque algunos paralelismos se establezcan, como en el caso de la disciplina de partido, invento con cierto sentido común, que a veces sirve de amparo a mediocres. Pero, en fin, no este es el caso de esta reflexión, que quiere ceñirse a la retreta, la retirada.

Lo que pasa es que, hablar en Extremadura de retirada, ha venido siendo sinónimo de hacerlo del mutis de Rodríguez Ibarra. Su adiós es la Retirada con mayúsculas; la tan ansiada por unos, tan temida por otros. La que a nadie deja indiferente. Pero tampoco quiero referirme a ésta, bastante tinta ha corrido ya.

Quiero hablar, humildemente, claro, de la mía. Que, seguro, es como la de muchos. He permanecido durante varios años como concejal en Zafra y he decidido que en las próximas elecciones no voy a formar parte de ninguna lista, por los motivos que fueren. Y, ¿saben qué pasa? Que es raro el día en que no me abordan varios conocidos o desconocidos y me preguntan, entre otras cosas, ¿qué va a hacer usted ahora? A muchos debe de parecerles que, para todos los políticos, más allá de la política sólo está la nada, el ostracismo, el aburrimiento. De modo que, como en absoluto estoy de acuerdo con esas tesis, les contesto a mis interlocutores que no les voy a decir qué voy a hacer, sino *qué no voy a hacer*.

Para empezar, no renegaré de la política. He sido, y de momento sigo siéndolo, político. Ni me arrepiento ni me avergüenzo. Y no por retirarme abominaré de ella. Simplemente renunciaré a su ejercicio. Pero no abdicó de lo político, entendiéndolo a esto como participación activa en lo social; porque, no lo olvidemos, las cosas de la *polis* no sólo con-



ciernen a los partidos, salvo en los regímenes totalitarios, donde los ciudadanos no son el centro sino la periferia.

Si renunciara a lo político, si me diera por considerarme apolítico, cometería una gran majadería. Traigo en mi auxilio una magnífica cita de nuestro Marañón: «Con el tiempo, esa frase que se oye a cada paso de *yo no entiendo ni me preocupo de la política* tendrá la misma sanción que una blasfemia. Por el momento, contentémonos considerándola como una extraordinaria tontería».

No olvidaré, por si el día de mañana (*nunca digas nunca jamás*) se tercia regresar, que para estar en política me resultó muy útil tener las espaldas cubiertas. Ya saben, *primum vivere, deinde philosophare*. No hay mejor antídoto contra las ruedas de carro dispuestas para atragantarnos que el tener los garbanzos asegurados.

Tampoco me aburriré. Hay mil cosas que alguien inquieto puede hacer: leer, escribir, observar, seguir de cerca la evolución de tu pueblo, ver el mundo a través del socorrido Internet, bucear en los entresijos de la Historia. Todo menos el *dolce far niente*. Dios nos libre del mal de la indolencia, que nos empuja de cabeza, de la mano del aburrimiento, al abismo de la nada.

Me niego, asimismo, a encerrar en el baúl de los recuerdos aquello por los que siempre luché y en lo que creí y sigo creyendo. Creo

en el hombre, una de cuyas múltiples facetas es la de ciudadano, como eje del trabajo político. Creo en una Constitución que proclama una economía social de mercado, esto es, un liberalismo atemperado. Creo en que los partidos se hicieron para las personas, no las personas para los partidos. Creo en los políticos de verdad, en los que andan por la superficie, no en los que se desentienden de todo para buscar su propio cobijo y suben ágilmente por las ramas ni en los que reptan por las alcantarillas. Creo en una España sólida y en nuestra Monarquía como factor de cohesión; a ellas, como ciudadano, no como súbdito, expreso mi más profunda y humilde lealtad. Creo, ante todo, en la libertad. Sobre todo, la libertad. Nada hay sin ella.

En fin, no quiero cansarles más. Tras la retirada de la política ni se acaba el mundo ni se convierte uno en una especie de Gregorio Samsa. Hay vida más allá de la política. Por ello me he permitido estas reflexiones, porque quiero que los que me conocen (a mí y a tantos que, como un servidor, tomarán el mismo camino) sepan que el tránsito por ella nos habrá llenado de barro las botas, pero no el corazón.

Como corolario, si me lo permiten, terminaré como empecé, con términos militares: han tocado retreta, no silencio.

■ JUAN CARLOS FERNÁNDEZ es concejal en Zafra